

# La participación activa de los fieles en el magisterio reciente

*Abbé Martin Edwards*<sup>1</sup>

## 1. Introducción

Agradezco a los organizadores de este coloquio que hayan limitado nuestro debate sobre este importante tema al periodo relativamente breve del «magisterio reciente», expresión que interpretaremos aquí como el periodo comprendido entre el pontificado de Pío XII después de la guerra y la introducción del *Novus ordo missae*. Esto representa unos veinte años, un período insignificante en comparación con la larga historia de la Iglesia, pero también es un período durante el cual el concepto de «participación activa de los laicos en la liturgia» ha sido muy debatido y, de hecho, ha evolucionado mucho. Esta limitación temporal tiene, evidentemente, ventajas, pero también inconvenientes: de hecho, no podemos recurrir al testimonio objetivo de los ritos y los edificios, ya que estos fueron sometidos durante ese período a transformaciones rápidas y radicales, pero artificiales e intencionadas, a raíz y en aplicación de una determinada teoría litúrgica, mientras que, anteriormente, eran los datos empíricos los que constituían la base sobre la que se construían posteriormente las teorías. El cardenal Ratzinger hizo una observación en este sentido:

J. A. Jungmann, uno de los grandes liturgistas de nuestro siglo, definió en su momento la liturgia tal y como se entendía en Occidente, representándola sobre todo a través de la investigación histórica, como una «liturgia fruto de un desarrollo» (...). Lo que ocurrió después del concilio significa algo completamente diferente: en lugar de la liturgia fruto de un desarrollo continuo, se ha impuesto una liturgia fabricada.<sup>2</sup>

Teniendo en cuenta esta realidad, sería una pérdida de tiempo recurrir al testimonio de los ritos y la arquitectura actuales: estos «testimonios» nos dirían más sobre las teorías experimentales de los innovadores contemporáneos que sobre la fe de la comunidad orante. Por lo tanto, la presente exposición se centrará casi exclusivamente en la enseñanza del magisterio reciente.

Bossuet escribió: «Solo hay perfección en la práctica y la vida cristianas en la participación en el banquete eucarístico»<sup>3</sup>; sin embargo, esta perfección, esta participación en la misa, se presenta a menudo como un descubrimiento moderno, traído por la era de la televisión en color y los Beatles.

---

<sup>1</sup> Conferencia pronunciada en el IV coloquio del CIEL, Versalles, 1998.

<sup>2</sup> Joseph Ratzinger: «Préface», en Klaus Gamber, *La réforme liturgique en question* (Le Barroux 1992), pp. 7-8.

<sup>3</sup> Citado por S. S. el papa Juan XIII durante su toma de posesión en Letrán, 23 de noviembre de 1958 (*La Documentation catholique* 1968, col. 1605).

Bernard Botte seguía y dirigía esta tendencia cuando autorizó que el título de su obra se tradujera al inglés: *Du silence à la participation* (Del silencio a la participación).<sup>4</sup> Esta idea de que a la triste noche del silencio y la falta de atención le ha sucedido un nuevo amanecer de gloriosa participación no es nada inusual en nuestros días.

Veremos más adelante que esta simplificación está muy lejos de la realidad. De hecho, en su encíclica *Certiores effecti* del 13 de noviembre de 1742, el papa Benedicto XIV, a quien se atribuye la invención de la encíclica papal, instaba a los fieles a participar en la misa. A principios de este siglo, en *Tra le sollecitudini*, Pío X hablaba de «participación activa», término que retomó y utilizó Pío XI. Estos documentos no pertenecen al ámbito del presente estudio, que solo se centrará en el magisterio reciente, pero los mencionamos aquí para mostrar que la enseñanza del magisterio reciente sigue la línea de una gran tradición que se remonta al menos a las primeras encíclicas papales.

## 2. La encíclica *Mediator Dei*

Comenzaremos con un estudio de las enseñanzas de la gran encíclica litúrgica de Pío XII *Mediator Dei*. Aquí, el concepto de participación se introduce en el contexto de una visión de la liturgia que es radicalmente cristológica y, por utilizar el término empleado por el propio Papa, «teocéntrica». La participación se considera, en primer lugar y sobre todo, como participación en el drama de la Redención. Por nuestra humanidad caída, por el pecado, somos, por nuestra propia naturaleza, participantes en la liturgia de la gracia y la Redención. El papa Pío XII nos recuerda que el designio benévolo y misericordioso de Dios era restaurar la relación entre Dios y el hombre, que había sido destruida por el pecado, y que esto se realizó mediante el sacrificio de su Hijo único.<sup>5</sup>

El Papa señala a continuación —una observación que ocupa un lugar esencial en su perspectiva teológica y en nuestro tema— que el sacrificio que Cristo ofreció en su cuerpo mortal debía continuar «sin interrupción a lo largo de los siglos en su Cuerpo místico, que es la Iglesia» [p. 10]. Así, la liturgia se sitúa en la perspectiva más grandiosa y sobrecogedora, infinitamente lejos de la minuciosidad puntillosa que ha caracterizado nuestra concepción de la participación en los últimos años.

Una vez establecida la metodología teológica que guiará y matizará su enseñanza sobre la liturgia sagrada, el Papa aborda rápidamente la cuestión de la participación en el sentido concreto y más estricto en que la entendemos habitualmente, señalando que la participación de los fieles en la liturgia es uno de los frutos de los estudios litúrgicos que, «a finales del siglo pasado y principios de

---

<sup>4</sup> *Le Mouvement liturgique: témoignage et souvenirs* (París, 1973).

<sup>5</sup> *Mediator Dei*, n.º 1 [pp. 9-10]. [Traducción oficial al francés publicada en *La Documentation catholique* y editada por Téqui, París, 1997. Los números de página corresponden a esta edición].

este [...] se impulsaron con singular fervor»<sup>6</sup> Llega incluso a decir que esta participación es un deber (*officium*) para los fieles, según su estado. Este concepto de participación considerada como un deber fue rápidamente retomado y ampliado por los liturgistas.

El Papa señala que la propia naturaleza del hombre implica que el culto debe ser tanto interior como exterior. El hombre está compuesto por un cuerpo y un alma, composición que se refleja en los aspectos internos y externos del culto; es un ser social y, por lo tanto, el culto, que nos llega a través de la Iglesia y en la Iglesia, tiene necesariamente un aspecto social y comunitario. Sin embargo, el Papa aclara que «el elemento esencial del culto debe ser el interior».<sup>7</sup>

Esta necesidad del culto interior se presenta como un antídoto contra el formalismo, actitud que hemos tenido ocasión de observar con tanta frecuencia en los últimos tiempos. El Papa recuerda, en términos que cincuenta años después resuenan como una profecía, que el mismo Cristo expulsó del templo «a aquellos que creen honrar a Dios solo con el sonido de frases bien construidas y con poses teatrales, y se convencen de poder asegurar perfectamente su salvación eterna sin desarraigar de su alma sus vicios inveterados».<sup>8</sup> El culto debe ser, ante todo y por encima de todo, interior, para que, si lo desean, los fieles puedan asociarse al *per ipsum*, que es el drama sagrado de la liturgia, «abandonarse» a Cristo,<sup>9</sup> apropiarse de las gracias de la Redención y la justificación ofrecidas por Cristo en la liturgia.<sup>10</sup> A propósito de este pasaje de la encíclica, L. Della Torre señala: «Participar activamente en la liturgia no basta para tener una fe que reconozca el misterio y le dé su asentimiento; se necesita un conjunto de actitudes interiores que brotan de la fe, y una orientación y un tono verdaderamente cristianos».<sup>11</sup>

Esta forma de considerar la naturaleza del culto tiene una gran importancia para comprender bien lo que es una participación auténtica, ya que, como veremos, si situamos el elemento principal del culto divino en las disposiciones interiores del fiel, en su apertura a las gracias ofrecidas en la misa, entonces la participación auténtica reflejará necesariamente esta concentración en lo interior y lo espiritual, sin perjuicio de las manifestaciones exteriores de una participación activa en la liturgia. Sin esta voluntad de exponerse a la gracia, de buscar sinceramente a Dios en sus sacramentos, aunque contenga objetivamente estas gracias sacramentales, la liturgia se convierte en un espectáculo vacío y vano, «un metal que resuena o un címbalo que retumba» (1 Co 13, 1), o,

---

<sup>6</sup> *Ibid.*, n.º 4 [p. 11].

<sup>7</sup> *Ibid.*, n.º 24 [p. 23].

<sup>8</sup> *Ibid.* Cf. Mc 7,6 e Is 29,13.

<sup>9</sup> *Ibid.*

<sup>10</sup> Un poco más adelante, el Papa añade: «Hay que afirmar, pues, que la obra redentora, independiente en sí misma de nuestra voluntad, requiere nuestro esfuerzo interior para poder conducirnos a la salvación eterna» - *Ibid.*, n.º 31 [p. 27].

<sup>11</sup> L. Della Torre, *Understanding the Liturgy* (Langley, 1967), p. 21.

como dice el Papa un poco más adelante, es un torrente de «gracia divina [del] Jefe [que la] difunde en los miembros del Cuerpo místico»,<sup>12</sup> pero en vano.

Esta actitud esencial de apertura a los efectos de la liturgia sagrada, el comportamiento religioso que permite a los fieles apropiarse de los tesoros de gracia contenidos en la liturgia, es lo que el Papa llama, en *Mediator Dei*, la «piedad», término que, al menos en inglés, tiene una connotación bastante negativa («devoto»). La piedad (*pietas*) es una palabra crucial para comprender bien esta encíclica; por supuesto, el significado de esta palabra va mucho más allá de lo que implica en inglés *piety*. La piedad es a la vez el sentido de la verdadera participación y el fin al que tiende esta participación. Un siglo antes, Dom Guéranger había hablado de manera idéntica del lugar central que ocupa la «unción» en el verdadero culto.<sup>13</sup> Toda la segunda parte de la encíclica *Mediator Dei* está dedicada a una instrucción detallada sobre la «participación de los fieles en el sacrificio eucarístico».<sup>14</sup> Para empezar, el Papa retoma un tema ya mencionado en la introducción: el deber de los fieles de participar en la misa.

Por lo tanto, es deseable, venerables hermanos, que todos los cristianos consideren como un deber primordial y un honor supremo participar en el sacrificio eucarístico, y ello no de manera pasiva y descuidada, pensando en otras cosas, sino con una atención y un fervor que los unan estrechamente al Sumo Sacerdote (...), ofreciéndose con Él y por Él, santificándose en Él.<sup>15</sup>

Cabe destacar que, una vez más, el Papa habla del deber que tienen los laicos de participar en la misa, idea que se retomará y desarrollará en documentos posteriores del magisterio. Esta participación, que es deber y dignidad de todos los fieles, es esencialmente interior y cristocéntrica: «exige, por tanto, que todos los cristianos reproduzcan, en la medida de lo humanamente posible, los sentimientos que animaban al divino Redentor cuando ofrecía el sacrificio de sí mismo» (<sup>16</sup>). Así, participar en la misa es identificarse con Cristo en su papel de Sacerdote y Víctima. Se trata de una concepción de la participación que se deriva de la naturaleza misma de la acción litúrgica: el Papa extrae una serie de consecuencias prácticas de esta visión de las cosas, pero, una vez más, hace hincapié en la importancia y el significado profundos de los ritos sagrados y, a continuación, de forma subsidiaria, en las actividades concretas y externas que rodean el drama. Esta identificación con la víctima divina no debe practicarse solo cuando los fieles están «en el altar», sino que esta ofrenda de sí mismos, refinada y perfecta en la santa liturgia, debe penetrar en toda la vida, de modo

---

<sup>12</sup> *Mediator Dei* n.º 31 [p. 27].

<sup>13</sup> Dom P. Guéranger, *Institutions liturgiques*, 2.ª edición, parte I, cap. 14 (París-Bruselas, 1878), p. 401, n.º 6.

<sup>14</sup> *Mediator Dei*, nn. 80-111 [pp. 54-69].

<sup>15</sup> *Ibid.*, n.º 80 [p. 54].

<sup>16</sup> *Ibid.*, n.º 81 [p. 55].

que «entonces es imposible que la fe de cada uno no actúe con más ardor por la caridad, que su piedad no se fortalezca y se inflame... »<sup>17</sup> Al participar en la misa con este espíritu, los fieles vivirán lo que se jactaba el Apóstol de los gentiles: «Estoy crucificado con Cristo; y ya no soy yo quien vive, sino Cristo quien vive en mí» (Gálatas 2,19-29).

Es una visión sublime de los ritos sagrados, una perspectiva elevada que el Papa se esfuerza por destacar frente a una cierta tendencia a banalizar la misa que ya se manifestaba en aquella época: «Que los fieles consideren, pues, a qué dignidad los ha elevado el baño sagrado del bautismo»<sup>18</sup> Esta visión sublime y «teocéntrica» no excluye los elementos concretos de la participación (el Papa menciona el ofertorio, la misa «dialogada»...); estos elementos se mencionan, en cierto modo, de pasada, no porque el Papa los considere secundarios o fuera de lugar, sino porque los considera medios para alcanzar un fin; y ese fin es «alimentar y favorecer la piedad de los cristianos y su íntima unión con Cristo».<sup>19</sup> Así, el Papa pide que no se exagere el valor de los métodos de participación externa: en efecto, esta unión puede lograrse por otros medios, menos litúrgicos, y no todos los fieles son capaces o desean practicar este tipo de participación.

Esta conciencia que tiene Pío XII de las necesidades del cristiano individual, y la sensibilidad que muestra al respecto, sugieren que convendría evitar los métodos brutales de participación que han acabado por ahogar la piedad de los cristianos «no litúrgicos». En su concepción de la participación, el Papa demuestra aquí una preocupación pastoral que a menudo ha faltado en la aplicación concreta de muchas reformas litúrgicas recientes.

### **3. De *Mediator Dei* al Concilio Vaticano II: la participación en la práctica**

Si hemos examinado tan detenidamente la enseñanza de *Mediator Dei* es porque esta encíclica no solo constituye el grado supremo de la enseñanza del papa Pío XII sobre la liturgia, sino que, además, se podría decir que es el documento magisterial sobre la liturgia más importante de este siglo. Por supuesto, esta encíclica tuvo una gran influencia en la actividad pastoral del movimiento litúrgico, pero el Papa no se detuvo ahí. En diversas alocuciones y en varios decretos de la Sagrada Congregación de Ritos, trató las cuestiones y los problemas planteados por el movimiento litúrgico en curso de desarrollo. Esos años estuvieron marcados por importantes modificaciones de la liturgia, empezando por los nuevos oficios de la Semana Santa en 1951. Cabe señalar que, al dar su aprobación al nuevo rito presentado en su decreto del 9 de febrero de 1951, una de las razones

---

<sup>17</sup> *Ibid.*, n.º 99 [p. 63].

<sup>18</sup> *Mediator Dei*, n.º 104 [p. 65].

<sup>19</sup> *Ibid.*, n.º 106 [p. 67].

aducidas por la Sagrada Congregación de Ritos para justificar el restablecimiento de la Vigilia Pascual fue la necesidad de «favorecer la participación de los fieles».<sup>20</sup>

Publicada en 1953, la constitución apostólica *Christus Dominus*<sup>21</sup> tenía por objeto «facilitar el desarrollo de la piedad eucarística» (§ 22); y, añade el texto, «estas disposiciones [deberían] contribuir en gran medida (...) a un gran desarrollo de la piedad eucarística y llevarán y conducirán más eficazmente a todos los fieles a participar en el banquete de los ángeles» (ibíd.); esta fue también la intención, unos años más tarde, del motu proprio *Sacram communionem*.<sup>22</sup> En 1955, la Sagrada Congregación de Ritos publicó *Maxima redemptionis*, un<sup>23</sup> o que justificaba una vez más las modificaciones introducidas en los horarios de celebración de los diferentes oficios de la Semana Santa, refiriéndose a la antigua tradición y mencionando la necesidad pastoral de permitir a los fieles participar más fácilmente en ellos. En 1955 apareció la última encíclica del papa Pío XII dedicada a la liturgia: *Musicae sacrae disciplina*. Como indica su título, el tema principal de esta encíclica es la música sacra, pero también contiene enseñanzas sobre la participación. En términos que recuerdan a *Tra le sollecitudine* y que anuncian *Sacrosanctum Concilium*, el papa concede un lugar de honor al canto gregoriano, sin por ello menospreciar la polifonía. La música, señala el Papa, es un medio extraordinario para lograr la participación de los fieles en los oficios sagrados: «Hace más vivas y fervientes las oraciones litúrgicas de la comunidad cristiana, para que Dios, Uno y Trino, pueda ser alabado e invocado por todos con más fuerza, fervor y eficacia».<sup>24</sup>

*Musicae sacrae* fue su última encíclica dedicada a la liturgia, pero el papa Pío XII nunca dejó de instar a los fieles a acercarse a las fuentes de gracia de la liturgia sagrada y a participar plena y activamente en los ritos sagrados. La constitución apostólica *Primo exacto saeculo* expresa sentimientos que se encuentran en múltiples documentos y discursos menos formales u oficiales.

La Eucaristía es, en efecto, como el centro de la vida cristiana y el mayor socorro, ya que de ella brotan abundantemente en nuestras almas las fuerzas sobrenaturales y las gracias divinas (...) El sacramento de la Eucaristía y el augusto sacrificio del altar (...) exigen

---

<sup>20</sup> Decreto de la Sagrada Congregación de Ritos, 9 de febrero de 1951, citado en: *Las enseñanzas del Papa - La liturgia*, seleccionadas y presentadas por los monjes benedictinos de Solesmes (*La Documentation catholique* n.º 1091, 25 de marzo de 1951, col. 331).

<sup>21</sup> 6 de enero de 1953, citado en: *Ibid.* (*La Documentation catholique* n.º 1139, 25 de enero de 1953, col. 65-72).

<sup>22</sup> Motu proprio *Sacram communionem* del 19 de marzo de 1957 (*La Documentation catholique* n.º 1248 del 31 de marzo de 1957, col. 387-390).

<sup>23</sup> Decreto *Maxima Redemptionis* del 16 de noviembre de 1955 (*La Documentation catholique* n.º 1214 del 11 de diciembre de 1955, col. 1537-1546).

<sup>24</sup> *Musicae sacrae*, nn.º 31 y 34 (*La Documentation catholique* 1956, col. 75, n.º 14).

nuestro amor activo y efectivo; un amor tal, digamos, que sostenga y dirija nuestra conducta y toda nuestra vida».<sup>25</sup>

En los últimos días del pontificado de Pío XII, la Sagrada Congregación de Ritos publicó una instrucción titulada *De Musica sacra*, relativa a la música sacra y la liturgia. Esta instrucción dedica varios párrafos a la participación de los fieles en la liturgia, en particular un pasaje que constituye esencialmente un resumen de *Mediator Dei* y que concluye con la siguiente observación:

Es esta participación armoniosa la que tienen en mente los documentos pontificios cuando hablan de «participación activa», cuyos primeros ejemplos son el celebrante y sus ministros sagrados, que sirven en el altar con la piedad interior requerida, observando estrictamente las rúbricas y los ritos.<sup>26</sup>

Por lo tanto, se trata aquí de «participación activa», con una referencia bastante vaga a los «documentos pontificios»: *De Musica sacra* remite, para esta expresión de «participación activa», a las páginas 530 a 537 de la versión de *Mediator Dei* publicada en las AAS. Sin embargo, esta expresión no aparece en esta parte de la encíclica. En realidad, da la impresión de que el Papa ha evitado cuidadosamente utilizarla porque, en esta sección, explica la importancia primordial de las disposiciones interiores y presenta los peligros de una exageración del concepto de «piedad objetiva». En esta sección de la encíclica, encontramos dos veces el adverbio *actuose* y una vez el adjetivo *actuosus*, pero no en el contexto de la participación activa. [Lo interesante es que, en estos tres casos, no se pueden traducir estos términos simplemente por «activo/activamente»; parece que solo cuando se une al sustantivo «participación» el adjetivo adquiere inevitablemente este significado]. Quizás el papa Pío XII se dio cuenta de la ambigüedad inherente a esta expresión, ahora clásica, *de actuosa participatio*, ambigüedad que algunos liturgistas aprovecharían al máximo en los años siguientes.

#### **4. El Concilio Vaticano II y la *actuosa participatio***

La Constitución sobre la sagrada liturgia del Concilio Vaticano II (*Sacrosanctum Concilium*) aborda casi de inmediato la participación de los fieles en la liturgia. Se trata en los párrafos 11 a 14. La primera mención que se hace al respecto recuerda lo esencial de las enseñanzas magisteriales que acabamos de estudiar, y realmente se podría considerar este pasaje como una recapitulación de las declaraciones anteriores: «Los pastores deben velar por que, en la acción litúrgica, no solo se observen las leyes de una celebración válida y lícita, sino también por que los fieles participen en ella de manera consciente, activa (*actuose*) y fructífera».<sup>27</sup>

---

<sup>25</sup> 1 de noviembre de 1957. (*La Documentation catholique* n.º 1266, 8 de diciembre de 1957, col. 1541-1546, aquí 1542-1543).

<sup>26</sup> AAS 50 (1958), p. 638 (*La Documentation catholique* 1958, col. 1434, n.º 22b).

<sup>27</sup> *Sacrosanctum Concilium*, n.º 11.

La segunda vez que se menciona la participación, la presentación es algo diferente y parece reflejar una cierta evolución de la doctrina:

La Madre Iglesia desea mucho que todos los fieles sean llevados a esta participación plena, consciente y activa en las celebraciones litúrgicas, que es exigida por la naturaleza misma de la liturgia y que es, en virtud de su bautismo, un derecho y un deber para el pueblo cristiano, «raza elegida, sacerdocio real, nación santa, pueblo redimido» (1 P 2,9; cf. 2,4-5). Esta participación plena y activa es lo que se debe buscar con todas las fuerzas [*summopere* – «ante todo»] en la restauración y la valorización de la liturgia.<sup>28</sup>

Monseñor Bugnini, que sin duda estaba en condiciones de saberlo, afirmó que este deseo de participación se aplicaba, de una forma u otra, a todos los artículos de *Sacrosanctum Concilium*, ya que es una idea que se repite constantemente, poniendo en práctica lo que los Padres dicen sobre los diferentes aspectos de la liturgia: «Todo se presenta desde la perspectiva de la participación consciente y piadosa que debería derivarse de la instrucción bien organizada de los fieles».<sup>29</sup>

La expresión *actuosa participatio* utilizada por el concilio no es nueva: el papa Pío X ya la había empleado casi sesenta años antes en el motu proprio *Tra le Sollecitudini*:

Por lo tanto, consideramos necesario velar ante todo por la santidad y la dignidad del templo en el que los fieles se reúnen con el fin de adquirir este espíritu en su fuente suprema e indispensable, que es la participación activa en los santos misterios y en la oración pública y solemne de la Iglesia.<sup>30</sup>

Pío XI también utilizó esta expresión en la constitución apostólica *Divini cultus*: «(...) con el fin de que (los fieles) participen más activamente en el culto divino (*quo autem actuosius fideles divinum cultum participant*), se restablezca entre ellos el canto gregoriano, al menos en las partes que les conciernen».<sup>31</sup>

Así, la expresión *actuosa participatio* estaba bien establecida en los documentos del magisterio, pero lo nuevo en *Sacrosanctum Concilium* es que este documento hace hincapié en «la participación activa de los fieles *summopere* (con todas sus fuerzas/ante todo)»; en realidad, esta expresión parece difícilmente conciliable con las enseñanzas anteriores. Vorgrimmler considera que «este llamamiento a la “participación activa” se deriva necesariamente de la nueva concepción de la Iglesia»<sup>32</sup>. Como acabamos de ver, el papa Pío X consideraba que lo que debía tenerse en cuenta ante todo era la santidad y la dignidad del templo; recordemos también que Pío XII se había

---

<sup>28</sup> *Ibid.* n.º 14.

<sup>29</sup> A. Bugnini, *The Reform of the Liturgy 1948-1975* (Collegeville, 1990), p. 41.

<sup>30</sup> Motu proprio *Tra le Sollecitudini*, texto presentado en: *Official Catholic Teachings: Worship and Liturgy*, ed. James J. Megivern, (Wilmington 1978); (*La Documentation catholique* del 22 de noviembre de 1903, t. 72, pp. 66-73).

<sup>31</sup> AAS 21 (1929), p. 39 (*La Documentation catholique* 1929, t. 21, col. 1160, n.º IX).

<sup>32</sup> *Comentario sobre los documentos del Concilio Vaticano II*, ed. Herbert Vorgrimmler (Londres, 1967), vol. 1, p. 17.

preocupado de precisar que la participación activa, aunque importante, no era estrictamente esencial, que los fieles tenían derecho a asistir a misa de la manera que correspondiera a sus disposiciones y que no debía exagerarse la importancia de la participación activa.<sup>33</sup>

La elevación de la «participación activa» al rango de principio rector y norma suprema de la reforma litúrgica tuvo consecuencias muy profundas y múltiples repercusiones. Si la participación activa de los fieles es el objetivo que debe considerarse ante todo, entonces es posible sacrificar legítimamente muchas cosas que, en la liturgia, tienen gran importancia. Michael Davies dice de esta expresión que es una «bomba de relojería» y señala que pone, en potencia, poderes casi ilimitados «en manos de aquellos que tienen la autoridad para poner en práctica los detalles de una reforma que el concilio autorizó pero que no detalló». »<sup>34</sup> Davies afirma que un ejemplo de ello es la desaparición casi total del canto gregoriano de nuestras iglesias,<sup>35</sup> a pesar de que el concilio enseñó que, «en las acciones litúrgicas, en igualdad de condiciones, [este] debe ocupar el primer lugar».<sup>36</sup>

Y así fue como los expertos en liturgia pudieron afirmar —y no dudaron en hacerlo— que el canto gregoriano obstaculizaba la participación activa de los fieles, ya que la mayoría de ellos son incapaces de cantar el propio de la misa, y que, por lo tanto, había que sustituirlo por una música que favoreciera la participación activa, es decir, por himnos y cantos populares. El mismo razonamiento explica en gran medida el resto de la reforma litúrgica: el eclipse de la música sacra polifónica —estilo musical que Pío XII había defendido enérgicamente— pudo justificarse por el hecho de que la polifonía, casi por definición, no permite la participación activa de toda la congregación. Al poner el énfasis ante todo en la participación, se llegó rápidamente a sustituir el latín por las lenguas vernáculas, a pesar de las enseñanzas de Juan XXIII y del propio concilio, que declaró: «El uso de la lengua latina, salvo derecho especial, se conservará en los ritos latinos»<sup>37</sup>. Y, finalmente, esta insistencia en la participación de los fieles por encima de todo, establecida como principio rector de la reforma litúrgica, acabaría provocando la abolición de los ritos tradicionales. Baumstark y Jungmann no fueron los únicos grandes conocedores de la liturgia que previeron este proceso; ambos vieron que, a partir del momento en que la liturgia se celebrara en lengua vernácula, «solo entonces nos enfrentaremos directamente al problema mucho más profundo de cómo hacer más aceptables para el hombre moderno las expresiones lingüísticas y los modos de pensamiento

---

<sup>33</sup> *Mediator Dei*, n.º 115 [pp. 67-68].

<sup>34</sup> Michael Davies, *Pope John's Council* (Kansas City, 1992), p. 239.

<sup>35</sup> El cardenal Ratzinger hizo las mismas observaciones, de forma más erudita y menos sucinta, en: *Un Chant nouveau pour le Seigneur* (Desclée, París 1995), pp. 150-169.

<sup>36</sup> *Sacrosanctum Concilium*, n.º 116.

<sup>37</sup> *Ibid.*, n.º 36 (1). La instrucción *Tres abhinc Annos* de la Sagrada Congregación de Ritos, fechada el 4 de mayo de 1967, ampliaba la autorización para utilizar la lengua vernácula a toda la misa, refiriéndose ante todo a esta necesidad de participación.

religioso que han permanecido inalterados durante 1500 años».<sup>38</sup> Para Jungmann, la solución a este problema era, en parte, «aclarar en cierta medida la forma litúrgica y hacerla más viva».<sup>39</sup>

Estos cambios parecen justificar la dramática expresión «bomba de relojería» utilizada por Davies para describir la prioridad otorgada a la participación activa. Sin duda, este pasaje está lleno de significado oculto que, como veremos, daría frutos en abundancia. Sin embargo, no es en absoluto seguro que eso fuera lo que los Padres del Concilio quisieran decir, ni siquiera lo que dijeron, en los pasajes de *Sacrosanctum Concilium* que hemos citado. En ambos casos, las palabras latinas *actuose* (n.º 11) y *actuosa* (n.º 14) se traducen generalmente por «activamente» y «activa». De ahí la famosa expresión: *actuosa participatio*, comúnmente traducida como «participación activa». Aunque ampliamente aceptada, esta traducción dista mucho de ser evidente. De hecho, en latín existe una palabra para decir «activo» (*activus*); sin embargo, como hemos visto, *Sacrosanctum Concilium* utiliza la palabra *actuosus*, cuyo significado es más amplio y matizado. Para el *Lewis Latin Dictionary* y el *Shorts Latin Dictionary*, esta palabra significa: «lleno de actividad, muy activo, con la idea subsidiaria de celo e impulso subjetivo; diferente de *industrius*, que califica más bien los medios por los que se alcanza un objetivo».

Por lo tanto, vemos que la traducción de *actuosa participatio* por «participación activa» no es, en cualquier caso, ni evidente ni suficiente. Quizás no exista ningún adjetivo que pueda transmitir por sí solo el significado completo de este término, pero traducirlo simplemente por «activa», cuando existe otro término latino para este significado concreto, e interpretar así *actuosa participatio* como si se refiriera principalmente a la actividad, es en cualquier caso una distorsión o, como dijo el cardenal Ratzinger, una «reducción fatal» del significado de este término y de la importante enseñanza contenida en estos párrafos de *Sacrosanctum Concilium*:

El concilio nos ha recordado acertadamente que la liturgia también significa *actio*, acción, y ha pedido que se garantice a los fieles una *actuosa participatio* (...) Sin duda, se trata de un concepto correcto, pero que, en las interpretaciones posconciliares, ha sufrido una restricción fatal. Se ha dado la impresión de que solo se participaba activamente si había una actividad exterior tangible: discursos, palabras, cantos, homilias, lecturas, apretones de manos (...) Pero se ha olvidado que el concilio también incluye en *la actuosa participatio* el silencio, que favorece una participación verdaderamente profunda y personal, permitiéndonos escuchar interiormente la Palabra del Señor. Ahora bien, de ese silencio no queda rastro en algunos ritos.<sup>40</sup>

Este debate sobre el significado y la importancia de *la actuosa participatio* va mucho más allá de una sutileza semántica entre pedantes; afecta no solo a nuestra concepción de la naturaleza

---

<sup>38</sup> J. A. Jungmann, *Pastoral Liturgy* (Londres, 1962), p. 98.

<sup>39</sup> *Ibid.*

<sup>40</sup> Cardenal Joseph Ratzinger, *Entretien sur la foi* (París, 1985), p. 151.

de la liturgia, sino también a la valoración que podemos hacer de los recientes cambios en la liturgia. Si interpretamos *la actuosa participatio* en el sentido indicado por el cardenal Ratzinger, es decir, como una participación personal profunda en la liturgia, entonces estamos en línea con las declaraciones magisteriales anteriores sobre la participación de los laicos en la liturgia sagrada. Por el contrario, si traducimos *actuosa participatio* por «participación activa» en el sentido simple de una actividad en la liturgia, nos alejamos radicalmente de las enseñanzas pontificias anteriores, lo que permite justificar la ruptura radical con la tradición litúrgica, ruptura que el cardenal Ratzinger, junto con muchos otros, ve expresada en numerosas reformas posconciliares. Cuando utilizamos esta expresión, debemos recordar que entendemos por ella algo más **que** una actividad exterior, sino más bien una participación que surge **de** una adhesión personal e interior verdadera a la liturgia. Esta concepción de *la actuosa participatio* está en consonancia no solo con el magisterio anterior, sino también con otras declaraciones del Concilio Vaticano II. La constitución dogmática *Lumen gentium* recuerda a *Mediator Dei* cuando identifica la participación con la ofrenda que el fiel hace de sí mismo en unión con la Víctima divina, y que encuentra su cumplimiento en la comunión:

Al participar en el sacrificio eucarístico, fuente y culmen de toda la vida cristiana, ofrecen a Dios la víctima divina y se ofrecen a sí mismos con ella; así, tanto por la oblación como por la santa comunión, todos, no de manera indiferente, sino cada uno a su manera, participan de manera original en la acción litúrgica.<sup>41</sup>

El propio papa Pablo VI interpretó con frecuencia *la actuosa participatio* en este sentido más amplio, es decir, una participación plena y ardiente, en contraposición a una participación pasiva y negligente.<sup>42</sup>

Hemos visto anteriormente que la expresión *actuosa participatio* se traducía generalmente por «participación activa», y más adelante mostraremos que los artífices de las reformas posconciliares la interpretaron en el sentido de actividad: palabras y movimiento, una participación exterior. También hemos visto que era posible otra interpretación más matizada, según la cual *actuosa participatio* significaba una implicación viva y real en la liturgia, y que este sentido no solo existía antes del concilio, sino que, en las enseñanzas de Pablo VI, sobrevivió al uso que había hecho de él el concilio. Dicho esto, se puede concluir razonablemente que, cuando este último utiliza el término *actuosa*, y como también indica la definición del diccionario, debe significar algo más profundo **que** una simple actividad, y que la «reducción» de este término ha sido el origen de muchas interpretaciones parciales y unilaterales de *Sacrosanctum Concilium*.

---

<sup>41</sup> *Lumen gentium* n.º 11. Unos años antes, el P. Congar había escrito, en un capítulo dedicado a la participación de los laicos en la misa: «La comunión sella el todo (...) Es evidente que si los fieles participan en la oblación eucarística como se ha dicho, (...) el último acto de su participación será unirse, hasta formar con ella un solo cuerpo, a la Víctima en la que todas las demás ofrendas son santificadas y aceptadas. Si realmente se ofrece el sacrificio, también hay que participar en él». En: Y. Congar, *Jalons pour une théologie du laïc* (París, 1953), p. 294.

<sup>42</sup> Cf. «Sermons and allocutions», en *Documents on the liturgy, 1963-1979* (Collegeville, 1980), pp. 125-126

## 5. Del Concilio Vaticano II al *Novus ordo missae*

Cabe recordar que este periodo se caracterizó por una profusión de documentos sobre la liturgia, muchos de los cuales aplicaban el principio rector de *la actiosa participatio* a la reforma y la modificación concretas de la liturgia. *Inter Oecumenici* (26 de septiembre de 1964) fue el primer documento de la Sagrada Congregación de Ritos dedicado a la aplicación de la constitución *Sacrosanctum Concilium*. No es necesario examinar aquí en detalle las modificaciones y cambios introducidos: simplificación del ritual, autorización del uso de la lengua vernácula, creación de comisiones litúrgicas diocesanas, liturgia de la palabra en ausencia del sacerdote... Lo que conviene señalar aquí, en relación con el tema que nos ocupa, es que la justificación dada a estos cambios fue la urgente necesidad de la participación por encima de todo: «Esta puesta en práctica, a partir de ahora, tiene por objeto que la liturgia se corresponda cada vez más perfectamente con el espíritu del concilio, que es facilitar la participación activa de los fieles».<sup>43</sup>

*Inter Oecumenici* apareció antes de que concluyera el Concilio Vaticano II; y, incluso antes de que terminara el concilio, las inquietudes suscitadas por la aplicación de la reforma litúrgica y los errores relativos a la misa y la Eucaristía que comenzaban a infestar la Iglesia habían llegado a los más altos niveles de la Iglesia. En la encíclica *Mysterium fidei*, del 3 de septiembre de 1965, el papa Pablo VI condena algunos de los errores relativos a la Eucaristía que entonces causaban «grave preocupación pastoral»<sup>44</sup> ; a continuación, hace una magnífica presentación de la fe inmutable de la Iglesia en el Santísimo Sacramento. En esta exposición, el papa Pablo VI no descuida la cuestión de *la actiosa participatio*; concibe esta participación activa en el sentido presentado en *Mediator Dei*, que cita aprobándola, paralelamente al pasaje de *Lumen gentium* citado anteriormente:

Pero hay otra cosa que queremos añadir, dada su gran utilidad para esclarecer el misterio de la Iglesia: es la Iglesia entera, que, en unión con Cristo, cumple el papel de sacerdote y víctima, la que ofrece el sacrificio de la misa y se ofrece en él en su totalidad. Esta admirable doctrina, ya enseñada por los Padres, fue expuesta en época reciente por nuestro predecesor Pío XII, de feliz memoria, y en último lugar fue formulada por el Concilio Vaticano II en la constitución De Ecclesia sobre el pueblo de Dios.<sup>45</sup>

Como su nombre indica, *Tres abhinc Annos* se publicó tres años después de *Inter Oecumenici*. La lista de cambios es aún más larga: se modifica *el Ordo missae*, con la supresión de las genuflexiones, las señales de la cruz y los cambios introducidos en el rito de la comunión... Esta instrucción autorizó también, entre otras cosas, el uso del color violeta para los funerales y decretó

---

<sup>43</sup> AAS 56 (1964), p. 878 («Instrucción del Consejo para la aplicación de la constitución sobre la liturgia», en: *La Documentation catholique* n.º 1435, 1 de noviembre de 1964, col. 1359-1376, aquí 1359).

<sup>44</sup> *Mysterium fidei*, AAS 57 (1965), p. 753 (*La Documentation catholique* n.º 1456, 3 de octubre de 1965, col. 1633-1651, n.º 9).

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 761 (*La Documentation catholique*, op. cit. (nota 45), n.º 31).

que el manipular ya no era obligatorio. La razón dada para estos cambios, como para muchos otros —en particular, la ampliación de la autorización del uso de la lengua vernácula, incluso en el canon de la misa— fue que se trataba de fomentar la participación activa. Refiriéndose a las reformas preconciliares anteriores, la instrucción indica:

Desde el inicio de la reforma, se comenzaron a cosechar abundantes frutos, como lo atestiguan los numerosos informes de los obispos, que también confirman que en todas partes ha aumentado la participación de los fieles en la liturgia, en particular en el sacrificio de la misa, al tiempo que se ha vuelto más consciente y activa. Con el fin de fomentar aún más esta participación, especialmente en la misa, y para que los ritos sagrados fueran más claros y comprensibles, los obispos sugirieron otras adaptaciones.<sup>46</sup>

Todos estos documentos, que representan solo una pequeña parte de todo lo que se ha publicado, ilustran claramente que las reformas litúrgicas posconciliares estaban motivadas en gran medida por el deseo de aumentar la participación, y que esta participación se interpretaba de una manera mucho más prosaica y estrecha de lo que había sido hasta entonces. Por eso, monseñor Bugnini no exageraba en absoluto cuando afirmaba que «la participación plena y activa de todo el pueblo (...) ha sido el motivo esencial que ha impulsado la renovación litúrgica moderna» (47). Los ritos producidos por esta renovación litúrgica dan testimonio del tipo de participación que se contempla aquí.

## Conclusión

*La actiosa participatio* es una preocupación que ha predominado más que la reforma litúrgica preconiliar. Como hemos visto, desde la época de Pío X, la participación activa fue un elemento esencial para el movimiento litúrgico, luego un leitmotiv de la Constitución sobre la sagrada liturgia (*Sacrosanctum Concilium*) del Concilio Vaticano II y, finalmente, el principio rector de las reformas litúrgicas que siguieron. *El Ordo missae* se concibió en función de la participación activa, elaborándose considerando la participación de los fieles en la sagrada liturgia como lo más importante. Quizás no sea descabellado concluir preguntando:

¿Ha sido fructífera esta adhesión incondicional al concepto de participación? ¿Existe realmente una participación activa? ¿Sigue siendo tan evidente y universal esa «rica cosecha», la «participación más intensa de los fieles en todas las etapas de la liturgia» de la que hablaban los obispos en la Sagrada Congregación de Ritos y que se cita en *Tres abhinc Annos*?

Cuantitativamente, es innegable que la participación ha disminuido, al menos en las antiguas Iglesias occidentales. En Inglaterra y Gales, el anuario católico oficial indicaba que el número de

---

<sup>46</sup> AAS 59 (1967), p. 442 (*La Documentation catholique* n.º 1494 del 21 de mayo de 1967, col. 887-893, aquí 887).

<sup>47</sup> Bugnini, *The Reform of the Liturgy*, p. 41.

católicos que asistían a misa era, en 1964, de 2 111 219 y, en 1996, de 1 111 077, lo que supone prácticamente una reducción a la mitad, mientras que la población católica seguía aumentando. Lo que ocurre en Inglaterra no es, sin duda, un caso aislado: estas estadísticas brutas significan que hay millones de católicos que no asisten a misa en absoluto; y entonces no podemos evitar preguntarnos: ¿es realmente una coincidencia la concomitancia entre este declive y la importancia cada vez mayor que se concede a la participación?

¿Y qué decir de lo que podríamos llamar la participación cualitativa, la experiencia de quienes siguen acudiendo a misa y asisten a ritos concebidos en función de la participación? Esto es, por supuesto, algo más difícil de evaluar: en última instancia, incluso después de la visión general que acabamos de ofrecer de las enseñanzas del magisterio, nuestra respuesta a esta pregunta se basará en gran medida en pruebas anecdóticas y en nuestra experiencia personal. Pero, ¿estamos equivocados al concluir que la experiencia de las recientes reformas litúrgicas nos enseña que la multiplicación de las palabras puede ahogar la Palabra? ¿Que la proliferación de acciones puede a veces oscurecer la verdadera acción? ¿Que la participación que se expresa en una actividad puede a veces constituir un obstáculo para nuestra participación en los santos misterios?

Todo esto no sorprenderá a quienes hayan leído las observaciones de Dom Guéranger sobre la «herejía antilitúrgica» en *Instituciones litúrgicas*. Si el latín, como lengua sagrada, fuera suprimido de la misa y todo se redujera al nivel de lo inmediatamente comprensible, algunas consecuencias serían inevitables: «Ofrecida a las miradas profanas como una virgen deshonrada, desde ese momento, la liturgia perdió su carácter sagrado, y el pueblo pronto encontrará que no vale la pena que se moleste en dejar sus trabajos o sus placeres para ir a escuchar hablar como se habla en la plaza pública».<sup>48</sup>

Las respuestas a las preguntas planteadas anteriormente exceden el alcance de la presente exposición, pero, como mínimo, ilustran la paradoja señalada por muchas autoridades eruditas y distinguidas desde Dom Guéranger, a saber, que la importancia excesiva concedida a la participación puede tener el efecto perverso de anular el resultado deseado o, más precisamente, que la interpretación dada a *la actuosa participatio* a la que apelaba el magisterio reciente era gravemente errónea en la medida en que consideraba, casi exclusivamente, su aspecto de actividad y que, por exceso, se puede destruir la participación. Esta es una observación que hizo, poco después de la introducción del *Novus Ordo missae*, el liturgista benedictino Dom Bernard McElligott, y los años transcurridos desde entonces no han permitido constatar que la situación que él describe haya cambiado mucho. De hecho, podríamos considerar como imperativo del día el desafío que plantea al final de esta cita:

Me parece que estamos perdiendo u olvidando el equilibrio adecuado entre el culto interior personal y el culto exterior público —en el que el culto interior personal es el elemento religioso fundamental— y que corremos el riesgo de que nuestra religión se convierta

---

<sup>48</sup> Dom Guéranger: *Institutions liturgiques*, 1.ª parte, cap. XIV, p. 403, n.º 8.

principalmente en «externista». Esto se corresponde con lo que el psicólogo católico Karl Stern presenta como una enfermedad o anomalía de nuestra época, a saber, un «activismo» opuesto a los valores de sabiduría e interioridad resumidos en Nuestra Señora. Pero si se produce esta «externalización», entonces hay que hacer algo para corregirla.<sup>49</sup>

---

<sup>49</sup> Extracto de un discurso pronunciado ante la Asociación para la Liturgia Latina en Champion Hall, Oxford, el 16 de junio de 1970, y publicado en *The Remnant* 4/21 (1971).